

Agregaría que hay varias maneras de abordar una obra de esta envergadura. Para una lectura más estimulante y más inmediatamente rentable, habría que partir, en mi opinión, del examen crítico de los retos presentados en la conclusión, ya que, formulando respuestas a estos desafíos, es como se restablecerá el respeto del derecho de la guerra y del derecho humanitario, sobre los cuales se basa la seguridad colectiva.

Jacques Freymond

Jacques Freymond, ex profesor de las Universidades de Lausana y Ginebra y ex director del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, fue miembro del CICR de 1959 a 1972 y vicepresidente de la Institución de 1965 a 1966, así como de 1969 a 1971.

EL SANTO DE BLANCO

Ex presidenta de la Unión griega de escritores, Dina Vlachou es autora de una docena de novelas y relatos. Su última obra es una biografía novelada de Henry Dunant.¹ La autora quedó tan profundamente impresionada por la personalidad del ginebrino que no temió cambiar el sobrenombre que a menudo se le da de «hombre de blanco» por el de «santo de blanco» y utilizarlo para el título de su libro. No se trata, pues, de una obra crítica, sino de un ensayo cuyo objetivo es dar a conocer mejor, a los jóvenes en particular, la vida patética del fundador de la Cruz Roja.

La obra se funda en una concienzuda documentación histórica y la autora ha sabido utilizar oportunamente tanto *Recuerdo de Solferino*, las *Memorias*, como las mejores biografías sobre el tema. Tras haber estudiado detenidamente las fotografías de Henry Dunant y de sus coetáneos ha reconstituido el ambiente

¹ Dina Vlachou, *Le Saint en blanc* (El santo de blanco), Elektronikes Technes, Atenas, 1994; 127 p. (en griego). Se toma esta reseña del *Boletín* de la Sociedad Henry Dunant, nº 17, 1995.

de la época describiendo con minucia su vestimenta —camisas de cuello de pajarita, corbatín, leontina, patillas y bigotes. Completó su información con un viaje a Suiza, y le encantaron el casco viejo de la ciudad de Ginebra, la tranquilidad del lago, el panorama del Monte Blanco y la región de Heiden.

La obra se divide en dos partes. En la primera (10 capítulos) se rastrea cronológicamente la carrera de Dunant desde Solferino, enlazando luego con su regreso a Ginebra, la laboriosa redacción de *Recuerdo de Solferino*, la génesis de la Cruz Roja y la fundación del CICR, los viajes, el encuentro con el rey de Sajonia y, por último, el primer Convenio de Ginebra, en agosto de 1864. En la segunda parte (6 capítulos), la autora nos lleva a Heiden, al final de la vida de Henry Dunant, los tiempos difíciles: la quiebra, la partida clandestina y definitiva de Ginebra, la estancia deplorable en París, la guerra de 1870, su vida recluida en el asilo de ancianos de Heiden y, finalmente, la rehabilitación y el premio Nobel.

El libro comienza, pues, en la *Chiesa Maggiore* de Castiglione, donde Dunant socorrió a los heridos hasta el agotamiento y les dio de beber con la cantimplora de viaje. La descripción de la escena es vivida, desgarradora; la novelista intercala aquí con mucho arte, sin ruptura aparente, los elementos biográficos más antiguos indispensables para la comprensión de lo narrado.

En el capítulo siguiente, se describe el viaje que condujo a Dunant en el carruaje del viejo Massimo hasta el emperador, a quien iba a solicitar que tomara urgentes medidas en favor de los heridos de Solferino. Se realza perfectamente el contraste entre la atmósfera de una bella noche de verano, a la luz de la luna, con los perfumes de plantas, el grito de las aves nocturnas, el golpeteo regular de los cascos del caballo en el camino, el horror de los recuerdos del campo de batalla, el miedo subyacente de ser atacado por los desertores austriacos que por allí rondaban. En este estado de vigilia gestó su mente la *gran idea*.

Este viaje —y esto se manifiesta a lo largo de la novela plasmándose con las mismas frases, en los momentos importantes de la existencia de Dunant— se convierte en una especie de viaje iniciático: al acercarse la muerte, se transforma en pesadilla: siempre conducido por el viejo Massimo, Durant se encamina por una senda sin fin hasta el cielo.

En el entorno ginebrino al que se reintegra Dunant, la escritora centra la atención en dos personas: la madre y el viejo jardinero Jean, dejando de lado a los otros miembros de la familia.

La vida de Henry Dunant —lo reconoce él mismo en sus *Memorias*— estuvo profundamente marcada por la influencia de su madre, quien compartió sin reservas sus ideas filantrópicas y propició sus obras de caridad, como también admitió la influencia que sobre él tuvieron el compromiso de Florence Nightingale en la guerra de Crimea y la obra de Harriet Beecher-Stowe, *La cabaña del tío Tom*. En el silencio en que se aisló Dunant para redactar su libro *Recuerdo de Solferino* y durante los penosos años que siguieron, su madre fue

la única que lo comprendió, lo apoyó, lo reconfortó. Donde los historiadores occidentales habrían buscado una explicación freudiana, la escritora nos remite, como es natural, a la imagen de la Virgen y el Niño que aparece, por lo demás, en la cubierta del libro, lo que no es ningún sacrilegio viniendo de una pluma griega, pero que en modo alguno hubiera podido caber en mentes calvinistas, sobre todo, en el «ambiente» del movimiento del «Despertar» en que militaba Henry Dunant.

El viejo jardinero Jean es el dios tutelar de los jardines de la propiedad de los Dunant, «La Monnaie»; realizaba los geniales macizos de geranios y de begonias rojas; le mostró, cuando era niño, cómo plantar en otoño un frágil retoño de rosa, cuidarlo todo el invierno para que sus raíces crezcan fuertes y profundas y que un día de mayo florezca, con la cabeza en alto mirando hacia Dios, una rosa roja, de ese rojo que elegirá para la cruz emblemática de su organización; esta metáfora coincide perfectamente con los inicios laboriosos de la Institución.

Cuando Dina Vlachou rememora el regreso de quien podría casi llamarse el «hijo pródigo», describe con imaginación la preparación del ágape que reunirá a amigos, parientes y vecinos, el salón burgués iluminado con lámparas de petróleo, los manteles bordados, los platos seleccionados. En el transcurso de la velada, Henry Dunant tenía cada vez más la impresión de que un río invisible lo separaba de esas personas a quienes lo único que preocupaba eran cosas materiales: viñas, ganado, bosques de coníferas. Los jóvenes se pusieron a bailar al compás de un cuerno de los Alpes. La escena es transpuesta así en un entorno rural que convendría a Heiden, pero en ningún caso al medio urbano, burgués de los ginebrinos. Las descripciones de los paisajes y de la naturaleza, del lago en particular, nos parecen, a veces, un tanto convencionales, demasiado cercanas a los clichés de Suiza que se promueven en Grecia; pero reconozcamos también que los suizos utilizan a menudo la misma poco matizada forma de hablar de Grecia, generalizando e idealizando, y que esto no contrariará a los lectores griegos de Dina Vlachou.

La escritora tiene una manera muy sutil de evocar el tiempo que transcurre, las estaciones que se suceden, evitando la pesadez de las fechas en el texto, pero reproduciendo ciertas frases, algo así como un leitmotiv, para evocar el invierno en la habitación de la rue Verdaine, por ejemplo.

La apoteosis de la carrera de Dunant es, sin duda alguna, la reunión de los representantes de doce países en nuestra ciudad y la firma, el 22 de agosto de 1864, del primer Convenio de Ginebra; la autora logra reproducir maravillosamente la atmósfera de solemnidad y de fiesta en el marco de la Alcaldía y añade algunas frases para rememorar las Conferencias Internacionales de la Cruz Roja de 1906, 1929 y 1949.

En la segunda parte de la obra, la novelista asigna un lugar privilegiado al símbolo del agua: el Sena ejerce una especie de hipnosis sobre el vagabundo en que se había convertido Henry Dunant. Y las tranquilas aguas del lago de

Constanza, en las que se reflejan las montañas nevadas, evocan la quietud del alma y la proximidad de la muerte.

Como conclusión, cabe desear que este libro tenga todo el éxito que se merece y que su lectura permita comprender mejor la génesis de una institución cuya existencia conocen muy bien, tras circunstancias trágicas, todos los griegos.

Michelle Bouvier-Bron
